

Jordi Sierra i Fabra

Kafka y la muñeca viajera

Invitación a la lectura de Gustavo Martín Garzo

Actividades de Pablo Martínez Sarrión

 Siruela

Colección Escolar 40 (Literatura)

Índice

Invitación a la lectura Gustavo Martín Garzo	9
KAFKA Y LA MUÑECA VIAJERA	15
Actividades tras la lectura Pablo Martínez Sarrión	115
Por si quieres seguir disfrutando	149

Invitación a la lectura

El cuento perdido

Lo que Jordi Sierra i Fabra cuenta en esta novela es una historia real. Le sucedió a principios del siglo pasado a Franz Kafka, uno de los escritores más grandes que han existido. Paseaba por un parque y, al ver a una niña llorando, se acercó para interesarse por ella. La niña le contó que había perdido su muñeca, y ambos se pusieron a buscarla, pero, como no la encontraban, Kafka decidió inventarse una historia para consolar a la pequeña. Le dijo que acababa de ver a la muñeca, y esta le había pedido que le explicara a su amiga que se había ido a recorrer el mundo. Sin embargo, la niña no debía estar triste, ya que la muñeca prometía escribirle por correo todas las semanas. Aquel señor sería el encargado de llevárselas cada domingo. La niña se despidió de Kafka hasta la semana siguiente, en que volvieron a verse en el mismo lugar. Kafka traía consigo la epístola de la muñeca, que él mismo había escrito en secreto, y la leyeron juntos. A esa carta le siguieron otras en las siguientes semanas, de forma que la correspondencia se transformó en un cuento que trataba de las maravillosas aventuras de la muñeca por esos mundos de Dios. Mucho tiempo después un biógrafo de Kafka quiso encontrar esas cartas,

e incluso llegó a poner un anuncio en el periódico para ver si aparecía la niña, que entonces ya sería una anciana, pero nadie respondió a su llamada y las cartas nunca se encontraron. Cómo eran los textos que Kafka escribió para consolar a aquella niña nunca lo sabremos. Contenían un cuento que ya nadie podrá leer jamás.

Se ha dicho que aquella historia perdida era el último relato infantil, y que Kafka fue el último escritor de cuentos de hadas, heredero de una estirpe que tuvo en el escritor danés Hans Christian Andersen a uno de sus máximos representantes. Y es cierto que en su obra abundan los personajes propios del mundo de la fantasía, abarcando desde todo tipo de animales —ratones, perros investigadores, monos que informan en academias, topos y criaturas de especies indefinibles— hasta un número casi inagotable de personajes extravagantes —trapevistas que se niegan a tocar el suelo y viajan en las redcillas de las maletas, ayunadores que hacen de su sacrificio un arte con el que se exhiben en los circos, oscuros patios de vecindad en que gente anónima se ve forzada a cuidar de animales misteriosos cuya procedencia desconoce, pobres y afiebrados padres de familia que vuelan sobre cubos de carbón buscando defenderse del frío, personas que se transforman en insectos...—. No obstante, esto no quiere decir que él haya sido el último escritor de cuentos maravillosos, ni que los niños de hoy hayan dejado de necesitar que les relaten ese tipo de historias.

Todos los padres que tienen niños pequeños saben hasta qué punto estos pasan por múltiples momentos de zozobra y esperan que les cuenten historias que les

ayuden a superarlos. Por ejemplo, todos los niños tienen miedo; miedo a la noche y a su reino oscuro e incierto; miedo a los pasillos interminables de las casas, a los ruidos misteriosos. Y el miedo no tiene que ver con la razón. No cabe, pues, enfrentarse al miedo de un niño haciéndole ver que es absurdo y que no debe sentir algo así puesto que no es concebible que en una casa de ciudad —pongamos por caso— aparezca un león o un cocodrilo gigantesco solo con el propósito de devorarlo. No por negar lo razonable de ese sentimiento el niño dejará de sentirlo, por lo que la literatura encaminada a volver razonables a los niños es tan inútil como desafortunada.

G. K. Chesterton solía decir que el dragón ya existe en el interior de los niños y que lo que hacen los cuentos es darles el caballero que les permita enfrentarse a él. El dragón simboliza los impulsos destructores inherentes a la naturaleza humana; y el caballero, el impulso socializador de dichos impulsos, el «yo» que permite controlarlos y servirse de su fuerza. Este esquema puede aplicarse a todos los cuentos en que aparecen brujas, ogros y otros devoradores monstruosos. Muchos adultos no quieren contarles estos cuentos a los niños por temor a que sus noches se pueblen de pesadillas, pero se equivocan al pensar así. El miedo ya está en ellos, y lo que hacen los cuentos es proporcionarles recursos para enfrentarse al mismo. Estos cuentos, además, no solo tratan acerca de los peligros del mundo, sino que también les hablan a los niños de sí mismos, de aquello que son más allá de lo que a sus padres les gustaría que fueran. Hay un niño Jekyll, obediente y siempre dispuesto a hacer lo que los adultos le piden; y un niño Hyde, siempre metido en

asuntos peligrosos. Todos los protagonistas de los cuentos son así. Viven entre la razón y la locura, entre el principio de la realidad y el del placer, entre el mundo de la abuelita y el del lobo.

«Un cuento es como el viento: viene de muy lejos y lo sentimos», dice un proverbio de los bosquimanos, una etnia de pigmeos que vivió en el sur de África. Jordi Sierra i Fabra es como esos bosquimanos, escucha la voz de esos cuentos perdidos y los recupera para los niños de hoy. Lo hace para decirles que no deben renunciar a sus deseos. Por eso, en su libro, Kafka no trata de convencer a la niña de que no tiene que llorar, haciéndole ver que su muñeca está lejos de ser un ser vivo y que puede ser fácilmente sustituida por otra, sino que le dice que tiene razón en sentirse así, ya que ella es la compañera más querida de sus juegos, pero también que las cosas casi nunca son como parecen y que si la muñeca ha desaparecido puede que sea porque ha tenido algo importante que hacer. Entonces se inventa una historia en que esta se ha ido a recorrer el mundo, y en que le escribe cartas donde le cuenta sus aventuras, hasta que la niña se encuentre en condiciones de aceptar que muchas veces en la vida tenemos que despedirnos de las cosas que amamos, lo que es muy distinto a perderlas, pues para que eso no suceda existen la memoria y la imaginación.

C. S. Lewis, el autor de *Las crónicas de Narnia*, decía que los libros deben escribirse no para gustar a nadie sino por el amor que el autor sienta hacia la historia que cuenta, de forma que es imprescindible que el escritor ame lo que quiere decir, antes de pensar en los niños que

supuestamente le van a leerle. Sin embargo, claro está, también ha de pensar en los niños si es un cuento lo que quiere escribir. Y debe tener en cuenta la poca experiencia de estos y hacer un esfuerzo para ser comprendido por ellos. De hecho, gran parte de la mejor literatura infantil ha surgido como un acto de amor hacia un niño concreto. Este es el caso de J. M. Barrie, el autor de *Peter Pan*, o el de Lewis Carroll, el de *Alicia en el País de las Maravillas*, que escribieron sus libros pensando en los niños que querían, pero también en el de Kafka en esta historia. Puede que un psicólogo, al menos los de ciertas escuelas, no hubiera aprobado la actitud del escritor checo. Pensaría que engañaba a la niña y que tendría que haberle dicho que la muñeca se había perdido, y enseñarle desde muy temprano que la vida era así de complicada, en vez de darle falsas esperanzas. Pero los verdaderos cuentos no tienen que ver con las falsas esperanzas. Aún más los cuentos no solo quieren tranquilizar a los niños, sino que les animan a que sean atrevidos y curiosos. Leer un cuento es como visitar uno de esos bosques misteriosos donde todo puede suceder. En él nos esperan los senderos escondidos, las llamadas del deseo, las metamorfosis, las locas promesas del amor. Esa vida dormida que hay en cada uno de nosotros y que solo el hechizo de la literatura, como las flores mágicas de los duendes, puede despertar.

Jordi Serra i Fabra nos enseña en este libro que no debemos mantener separados el mundo real del de la fantasía. La realidad necesita de la fantasía para volverse deseable; la fantasía de lo real para poderse compartir con los demás. Esta alianza entre fantasía y razón es la

que da a *Kafka y la muñeca viajera* su delicado encanto. Goya lo explicó en su famosa glosa al Capricho 43, «*El sueño de la razón*»: «La fantasía, abandonada de la razón, produce monstruos imposibles: unida con ella, es madre de las artes y origen de sus maravillas».

Todas las lecciones de los cuentos tienen que ver con esa alianza. La lección de *La Cenicienta* es que solo los humildes pueden encontrar las llaves del jardín del amor; la de *La bella y la bestia*, que hay que amar las cosas antes de que se vuelvan amables; la de *La bella durmiente*, que en cada uno de nosotros hay una vida dormida que debemos aprender a despertar. Jordi Sierra i Fabra nos enseña en *Kafka y la muñeca viajera* que salvar a una niña es como salvar el mundo.

Ingmar Bergman hizo una divertida película titulada *Sonrisas de una noche de verano*. En ella, varias parejas se reúnen en una casa de campo y, bajo el embrujo de la noche, intercambian sus palabras, sus anhelos y sus engaños. En una de las escenas, un personaje dice que el amor es un malabarista capaz de mantener tres pelotas en el aire. Una de esas pelotas es el cuerpo; otra, las palabras, y la tercera, el corazón. Al leer somos ese malabarista, y así nuestro cuerpo encendido por el deseo, las palabras que lo pueblan de sueños y el corazón que ama permanecen milagrosamente suspendidos en el aire mientras el libro está en nuestras manos. Es lo que consigue ese malabarista que es Jordi Sierra i Fabra al escribir la historia que ahora vais a leer.

Gustavo Martín Garzo